

CORONACION DE MARIA EN EL CIELO

DIA TREINTA Y UNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Induere decore, et honore ejus quæ a Deo tibi est, sempiternæ gloriæ.

Baruch., V, 2.

Circumdabit te Deus diploide justitiæ, et imponet mitram capiti honoris æterni.

Ibid.

Eris corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui; quia complacuit Domino in te.

Isa., LXII, 3.

Magna est gloria ejus in salutari tuo, Domine.

Psal., XX, 5.

Veni de Libano, sponsa mea: veni, coronaberis: odor unguentorum tuorum super omnia aromata.

Cant., IV, 8.

Coronam justitiæ quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex.

II Timoth., IV, 8.

Anteibit faciem tuam justitia tua, et gloria Domini colliget te, et Dominus implebit splendoribus animam tuam.

Isa., LVIII, 8.

Abundanter ministrabitur introitus in æternum regnum.

II Petr., I, 2.

In justitia apparebo conspectui tuo; satiabor cum apparuerit gloria tua.

Psal., XV, 17.

Regina ingressa Jerusalem multo cum comitatu et divitiis, venit ad regem.

III Reg., X, 2.

Surrexit rex in occursum ejus, positusque est thronus matri regis quæ sedit ad dexteram ejus.

Id., II, 19.

Habuit gratiam et misericordiam super omnes mulieres, fecitque eam regnare.

Esther, II, 17.

Rex dedit reginæ omnia quæ voluit et petivit ab eo.

III Reg., X, 13.

Benedixerunt eam omnes una voce dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu honorificencia populi nostri.

Judith., XV, 10.

Posuisti, Domine, in capite ejus coronam de lapide pretioso.

Psal., XX, 3.

Posuit rex diadema regni in capite ejus.

Esther, II, 17.

Immortalis est memoria illius; quoniam apud Deum nota est, et apud homines. Cum præsens est imitantur illam, et desiderant eam cum se eduxerit, et in perpetuum coronata triumphat.

Sap., IV, 2.

Ecce Dominus asportari te faciet, et sublevabit te, coronabit te, ibi erit currus gloriæ tuæ.

Isa., XXII, 17.

Indumento justitiæ circumdedit me Deus meus, quasi sponsum decoratum corona, et quasi sponsam ornatam monilibus suis.

Isa., LXI, 10.

In voluntate tua deduxisti me, Domine, et cum gloria suscepisti me.

Psal., LXXII, 24.

Benedictus Dominus quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum qui memores fuerint virtutis Domini in æternum.

Judith., XIII, 24.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Recibid nuestros homenajes, oh María madre de Dios, gloria del universo, faro inextinguible, cetro de la verdadera doctrina, templo siempre vivo, centro de Aquel que está en todas partes, virgen y madre á un mismo tiempo. Yo os saludo, á vos que llevasteis en vuestras entrañas al que no cabe en el universo, que sois la gloria del cielo, la dicha de los ángeles y de los arcángeles, que ponéis en fuga al demonio, que devolvéis al hombre caído los derechos que había perdido en la herencia del cielo, que hacéis florecer el culto de Dios en toda la superficie de la tierra y lleváis á los pueblos á la práctica de la virtud. Todavía habéis hecho más, puesto que nos habéis dado al Hijo único de Dios, verdadero sol de justicia, cuyos rayos penetran hasta los que estaban sentados en la sombra de la noche. (*Cyrill, Alexandrin. hom. contr. Nestor*).

II. ¿Quién podrá formarse una idea siquiera de la gloria que rodea hoy á la reina del mundo al entrar en el cielo, de la alegría que inunda hoy el corazón de las legiones celestiales, y de los cánticos armoniosos que la acompañan hasta el trono de la gloria? ¡Cuán dulce es la sonrisa que brota de sus labios, cuán pura es la serenidad de su frente, cuán afectuosos los brazos que le da su Hijo!

Está elevada sobre todas las criaturas, colmada de todos los honores que merece la madre de Dios, y de toda la gloria que puede dar semejante Hijo. ¡Cuán tiernos eran los besos que imprimía en la frente de Jesús la que le nutrió con su leche y le había reclinado sobre sus rodillas! Lo que más conmueve mi corazón es ver que el Hijo de Dios desciende de su trono, que está al lado de su Padre, para salir al encuentro de su madre y llevarla al lugar de honor que Él le tiene reservado á su lado, diciendo: Bésame con el beso de tu boca. ¿Quién podrá decir jamás lo que fué la generación del Cristo y la Asunción de María? (*Bernard. in Assumpt. B. M. V. serm. 1*).

III. En su Asunción, la bienaventurada Virgen recibió una corona de gloria inefable cuando el verdadero Assueror, es decir, Jesucristo, dirigiéndose á la reina Es ther, que quiere decir elevada sobre los pueblos, y que es una figura de María dominando el coro de los ángeles y el conjunto de todos los santos del cielo, le dijo: Acércate y toca mi cetro y recibe la dignidad real para que el cielo y la tierra obedezcan tus órdenes. Sé la reina de los ángeles y de los hombres, adornada por la eternidad con las vestiduras de oro, es decir, glorificada en tu cuerpo inmaculado. (*B. Albert. Magn. de laud. B. M. V. I. 3*).

IV. Los santos no tienen sino una gloria relativa y restringida; María la ha recibido en toda su plenitud. Cuanto esplendor existe, la gracia y gloria de todos los ángeles, patriarcas, profetas, mártires, confesores y vír-

genes, todo lo reúne María. Su diadema supera en magnificencia todas las coronas de las diversas hermosuras; porque todas se hallan reunidas en la corona de María. (*Thom. Valent. in f. Annunt. B. M. V. conc. 5*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Qui se humiliat exaltabitur.

Puesto que la humildad constituyó el triunfo de Jesucristo, preciso era también que la humildad formara el triunfo de María. No le hubiera agradado su gloria si no hubiese entrado en ella por el camino escogido por su Hijo. Se elevó, pues, por la humildad y véase de qué manera.

Cualidad es de la humildad rebajarse y desnudarse de todas las ventajas que posee. Pero por disposición maravillosa se enriquece al despojarse de lo que tiene, porque en realidad gana todo aquello de que parece que se desprende. *Tanquam nihil habentes et omnia possidentes.*

María poseía tres bienes preciosos.

I. Una grande dignidad.

Era Madre de Dios; pero se desnudó de este título precioso para llamarse sierva del Señor. Mas hoy la sierva se convierte en reina, sube á su trono y recibe el imperio absoluto sobre todas las criaturas.

II. Poseía una admirable pureza.

Su pureza la distinguía de todas las criaturas. Era Virgen inmaculada; pero se desnudó de esta prerrogativa eminente y se mezcló entre los pecadores y se purificó con los demás. Hoy es la abogada de todos, el refugio y la más dulce esperanza de los pecadores,

III. María poseía un Hijo Dios.

De acuerdo con el Padre Eterno le inmoló en el Calvario; y este Hijo moribundo le niega el título de madre y le da por hijo á Juan el amado discípulo. Mas hoy toma de nuevo el título de Madre y sube á su trono apoyada en su amado: *Innixa super dilectum tuum.*

Veni, coronaberis.

I. El Padre Eterno corona á su hija.

El fué quien la escogió para que fuese la Madre de su Hijo, porque ella satisface todos sus deseos.

II. Jesús corona á su Madre.

Ya no hay Belén, ni destierro, ni Egipto, ni Nazareth, ni Calvario.....no hay para ella más que la gloria.

III. El Espíritu Santo corona á su esposa.

Veni soror mea, sponsa, veni, coronaberis.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Puesto que la humildad fué la que hizo triunfar á Jesús, debía también hacer triunfar á María. No le hubiera agradado su gloria si no hubiese entrado en ella por el mismo camino escogido por su Hijo. Se elevó, pues, por la humildad y véase de qué manera. Cualidad es de la humildad rebajarse y desnudarse de todas las ventajas que posee. Pero por disposición maravillosa se enriquece al despojarse de lo que tiene, porque en realidad gana todo aquello de que parece que se desprende. *Tanquam nihil habentes et omnia possidentes.*

Oh Madre de Jesucristo, por haberos dado el título de sierva, hoy la humildad os prepara un trono. Subid á ese lugar eminente y recibid el dominio absoluto sobre todas las criaturas.

Oh Virgen santa é inocente, más pura que los rayos del sol, habéis querido purificaros y confundiros con los pecadores; vuestra humildad os ensalzará. Seréis la abogada de todos los pecadores; seréis su segundo refugio y principal esperanza después de Jesucristo: *Refugium peccatorum*. Perdisteis á vuestro Hijo, que al parecer os había abandonado, dejándoos gemir por tanto tiempo en esta tierra extranjera. Por haber sufrido con paciencia semejante humillación, quiere este Hijo volver á entrar en posesión

de sus derechos, derechos que sólo por algún tiempo cedió á Juan. Yo le veo tendiéndolos los brazos, y toda la corte celestial os admira, oh Virgen Santísima, al veros subir al cielo llena de delicias y apoyada en vuestro amado: *Invidia super dilectum suum.*—(Bossuet, sermón primero sobre la Asunción de la Santísima Virgen).

II. *Ven del Líbano, amada mía, ven del Líbano, ven.* Se le ha dicho á María: *ven*, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo la llaman para coronarla. El Padre, que representa el poder, para recompensar su humildad; el Hijo, que es la sabiduría misma, y jamás mora donde está el pecado, para coronar su virginidad; el Espíritu Santo, que es todo amor, para premiar su caridad. Ciertamente la palabra *Ven*, repetida tres veces, indica las tres personas divinas dirigiéndose á María y convidándola á recibir la triple corona que le hicieron merecer sus virtudes.—(Albert, *Magn.*, lib. II, de *Laud. B. M. V.* cap. VII).

III. Por su humildad se remontó la augusta Virgen sobre todos los mundos, á una esfera de gloria que habita sola con su Hijo, donde las tres personas divinas la coronaron Reina del Universo.—(Combalot, *Conf. sobre las grandezas de la Santísima Virgen*).

IV. La frente de María lleva tres coronas.

La primera es la de los mártires. Los órdenes superiores poseen en grado eminente los órdenes inferiores. La bienaventurada Virgen está muy elevada sobre todos los órdenes. Por esto posee la aureola de los mártires, que tienen los órdenes inferiores. Nótese esto. Todo el mundo sabe que después de las tres personas divinas, nada hay en el cielo que le sea superior: pero tendría quien la superara si no tuviera la aureola de los mártires. Por esto la vemos brillar en su frente. Además, la bendita Virgen, colmada de los dones sobrenaturales, que fué preservada de los dolores del parto al dar á luz á nuestro Salvador, consintió en sufrirlos al pie de la cruz durante la pasión. Allí fueron desgarradas cruelmente sus maternales entrañas; su alma se sintió atravesada por la espada del dolor cuando vió tratar como á un malhechor y dar muerte como á un malvado al que ella adoró como á su Dios desde el momento en que vino al mundo. Estaba escrito que una espada atravesaría su corazón. Mil circunstancias conocidas de su vida nos prueban abundantemente que María tuvo el heroísmo del martirio. Justo es, por lo tanto, que brille en su frente la aureola de los mártires.

Mereció también la corona de los predicadores. El que predica con sus acciones es muy superior al que solamente predica con su palabra. La vida de la Virgen fué una predicación no interrumpida. Hay una diferencia muy notable entre los que predicán con su virtud y los que predicán con la palabra. La Santísima Virgen predicó siempre con sus virtudes. En pocas palabras dijo siempre aquello para lo que empleaban los ministros muchas frases y se les dificultaba enseñar. ¿Sabéis cuál es la ciencia que contiene todas las demás? María lo dijo á sus servidores en las bodas de Caná: Haced cuanto os dijere el Hijo de Dios. ¿No es verdad que el que obsequie con exactitud las órdenes de Dios cumplirá con todo lo que el

ministerio apostólico pueda inventar en materia de exhortación y de doctrina? La Santísima Virgen predicó en pocas palabras toda ciencia y toda doctrina.

En la frente de María brilla la aureola de las vírgenes. Grato no es llamarla con la Iglesia la Virgen de las vírgenes. Este modo de expresarse supone una excelencia muy superior á las vírgenes comunes.—(B. Albert., *Magn. serm. super Miss. 9. 78 et 79*).

V. No nos conformemos con decir que es el día de su coronación y de su triunfo; digamos más bien que es la coronación y el triunfo de su humildad. De este modo expresaremos mejor el interior misterio que celebramos, y responderemos mejor á la pregunta que pudieran hacernos, no sólo los hombres toscos y terrestres, sino los mismos espíritus celestes para quienes fué la Asunción de María motivo de admiración y de sorpresa. Los ángeles, dice San Bernardo, se extasiaron al ver á María subir al cielo con tanta pompa; y encantados al contemplar este espectáculo inusitado, exclamaron entusiasmados como las compañeras de la esposa: *Quæ est ista que ascendit de deserto deliciis affluens?* ¿Quién es ésta que se eleva desde la tierra con tanta afluencia de delicias y esta magnificencia de gloria que la rodea? Bien se les pudo responder lo que en un caso semejante respondió San Pablo hablando de la Ascensión del Hijo de Dios: «Os afanáis por saber quién es y por qué se remonta. Recordad que como es la más santa y perfecta de todas las criaturas, no ha sido considerada como la última de las siervas de Dios; y que no se eleva sobre todos los demás seres sino porque descendió por su humildad hasta lo más profundo del abatimiento. *Quod autem ascendit, quid est nisi quia et descendit.* (Eph. 1).—(Bourdaloüe, *Asunc. de la Sma. Virg.*)

VI. Cielos, si es verdad que con vuestra armonía inmutable mantenéis el equilibrio del universo, entonad un cántico nuevo, un cántico de alabanzas. Las virtudes celestiales que dirigen vuestros movimientos os invitan á dar alguna señal de alegría. Si permitido me fuera mezclar mis conceptos con tan angustos decretos, diría que Moisés no pudo prescindir, al ver á esta reina, de repetir esta hermosa profecía que nos dejó en sus libros: «Saldrá una estrella de Jacob y un tronco brotará de Israel.» Isaías, embriagado del Espíritu de Dios, cantó en un incomprensible entusiasmo: «Esta es la Virgen que debía concebir un Hijo.» Ezequiel reconoció esta puerta cerrada por la que nadie podía entrar ni salir, porque por ella entró el Señor de los ejércitos; y en medio de ellos el real profeta David animaba su lira celestial con este cántico admirable. Asistió la reina á tu derecha, con vestidura dorada, rodeada de variedad. Toda la gloria de la hija del rey de dentro en franjas de oro. Vestida en variedades á la redonda. Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella; serán traídas con alegría y con respeto; serán llevadas al templo del rey. (Psal., XLIV).

La Santísima Virgen hacía guardar un respetuoso silencio á los mismos espíritus bienaventurados, sacando del fondo de su corazón estas palabras escogidas: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios mi Salvador, porque miró la bajeza de su esclava, pues ya desde

ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.» (Luc., I, 46.) Terminó la ceremonia y la sagrada pompa, y María fué colocada sobre un trono en brazos de su Hijo, en el medio día eterno, como dice San Bernardo, y la santa humildad acabó su obra.—(Bossuet, *sermón sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXXI

DEVOCIÓN Á MARÍA.

Hemos llegado ya al término de nuestras cotidianas reuniones. Han pasado como todo pasa en este mundo, y muy velozmente para mí, porque vuestra presencia me rodea de bienestar. Junto á vosotros y atraído por la atención con que habéis escuchado mis pobres discursos, me siento como rodeado de mi familia; al separarme de vosotros no lo hago sin un verdadero pesar. Ojalá llevéis con vosotros un vivo recuerdo de las convicciones que he procurado inculcaros y continuéis siendo verdaderos devotos de María. Esto mitigará un tanto la pena que me causa vuestra separación, porque os veré con frecuencia junto á este altar, puesto que los amigos de la Madre no pueden vivir indiferentes á la voluntad de su Hijo.

¿Por qué no he de abrigar en mi corazón tan halagüeña esperanza? Sí, todos vosotros tributáis culto á María. No ha caído sobre vosotros, durante todo un mes, la gracia de Dios, sin producir el deseado fruto. Pondré, pues, el sello á nuestros trabajos Marianos hablando hoy sobre la naturaleza y cualidades de la devoción que debemos tributar en lo futuro á aquella de quien nos envanece-mos con llamarla nuestra Madre.

El primer devoto de María fué su propio Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. No es, pues, tan reciente esta devoción como quieren suponer los que se llaman en nuestros días hombres despreocupados, aun cuando proclaman que leen el evangelio que pretenden seguir. ¿Cómo, si lo entienden, han dejado de ver unas frases que son tan significativas? Estas frases dicen: «Yo estaba sujeto á ellos.»

Esta sumisión duró treinta años. Treinta años vivió Jesús con María, amándola, sirviéndola y sujeto á su voluntad. ¡Cuánto dicen estas frases! El Hijo de Dios solo vivió en la tierra treinta y tres años, de los que consagró treinta á María. ¿No es esto honrarla y adorarla? En los últimos tres años se apartó algo de ella, es verdad; pero él mismo nos explica la causa de esto al decirnos que era «el médico de los enfermos» «la luz de Dios.» María no estaba enferma, y la compañera de la Trinidad no necesitaba de la luz.

Además, en este tiempo el Hijo trabajó para su Padre; buscó las ovejas descarriadas; reunió los elementos de su Iglesia; instruyó á sus discípulos, y preparó la expiación del Calvario. Estos trabajos absorbían todo su tiempo; y así se comprende. No podía distraerse de estas atenciones para vivir al lado de su Madre, como hasta entonces había vivido. No se ofende María por esto, ni podía correr tras él para participar de sus triunfos. Fiel á su misión de Madre, se mantuvo en el retiro para que más brillara su hijo. Semejábase á la aurora, que desaparece desde el momento en que el sol deja asomar sus rayos. Mas no siguió ocultándose hasta el fin.

En los últimos instantes de su vida se acerca de nuevo Jesús á su divina Madre y redobla sus caricias filiales; enclavado ya en la cruz, se acuerda de ella tanto como de su Iglesia y le busca un protector, un nuevo Hijo en la persona del discípulo amado, de San Juan, y sus últi-

mas miradas se posan sin duda en la Madre del dolor.

Dirase tal vez que en esto no hizo Jesús sino seguir el instinto natural de todos los hijos; pero no es así como debe juzgarse. Jesucristo es Dios. Sus actos todos son *de religión*. El honor que tributa á la Virgen bajo el techo de Nazareth y en la cruz, es un honor religioso. Con él exalta á la *naturaleza humana* en la que quiso engastarse *la persona del Hijo de Dios*.

No de otro modo comprendieron los apóstoles el pensamiento de Jesucristo, y viviendo ella todavía, pedían á Dios por intercesión de Nuestra Señora.

No insistiremos más sobre esto, porque no sería más que repetir la historia del culto de María, que todos conocéis ya. No haré, por lo tanto, sino hablaros de esta devoción y de los frutos que produce. Cuando esta devoción es *perfecta*, no hay duda que produce la salud; y cuando los pecadores la practican, no cabe duda que el demonio ha de soltar su presa.

El apóstol San Juan lo insinúa en la visión que nos describe por medio de una mujer que se parece á María y padece los dolores atroces de un parto misterioso. Los doctores ven en ella á la Virgen que da á luz con sus dolores á los pecadores en la gracia.

Según el cardenal Pedro Damiano, la acción de esta Madre de la gracia es casi todopoderosa en los corazones endurecidos, pero que no desconfían de obtener su socorro. ¿Por qué, pregunta, no se convirtió el buen ladrón cuando caminaba al lado de Jesús en camino para el Calvario? ¿Por qué no pidió entonces perdón? Porque María no había intercedido todavía por él. María la Egipciaca nos ofrece otro ejemplo no menos palpable de la boudad de María para con los pecadores. Desde el momento en que exclamó en medio de su angustia: Oh Virgen Santísima ¿no sois vos el refugio de los pecadores? pues si vos me rechazáis, ¿á quién podré ocurrir? Desde

ese momento se sintió trasformada y fué un prodigio tal de penitencia y santidad, que nada le supera en la vida de los santos. «Si debemos creer á santa Brígida, ella asegura que María dijo: «que nadie está tan alejado de Dios, si no ha recibido la última maldición, que invocándola á ella no vuelva á Dios y deje de obtener misericordia.»

No se crea, sin embargo, que con sólo llevar un escapulario, una medalla ó un rosario, ó practicar algún acto de devoción exterior, se puede vivir impunemente en el pecado. Hablo de los pecadores, no de los cómicos ni de los hipócritas. Hay personas que á pesar de sus esfuerzos sucumben al peso de sus costumbres ó de las ocasiones que no saben evitar.

A estos me refero. No desesperen. Tengan presente que un triunfo obtenido, aunque sea á grandes intervalos, puede ser el prelude de un triunfo completo, porque María nunca deja de tender la mano en los momentos supremos á los atletas de buena voluntad. La verdadera devoción, hermanos míos, es exterior é interior. La *interior* consiste en reprimir nuestros defectos, no sólo los que se consideran vergonzosos, y que son las serpientes que abundan aun en los jardines del catolicismo; sino la falta de caridad en sus distintas formas, como el falso celo que nos hace prejuizar de las acciones de los demás y derramar fingidas lágrimas que sólo encubren el placer interior que nos proporcionan las ajenas culpas.

La devoción *exterior* es la que enarbola sin miedo la bandera de nuestras convicciones y es un símbolo. Pero fuerza es que este símbolo sea una realidad, que su desarrollo sea hijo de la savia interior. Solo así se le podrán perdonar sus excesos. El que en público ostenta en sus manos un rosario, debe conservar en su hogar una conducta más arreglada que los otros y ser más caritativo. Así será como se hagan respetar y produzcan el bien. Harán tanto

bien cuanto es el mal que hacen los avaros, los murmuradores y los egoístas que cubriéndose bajo la capa de la religión la arrastran consigo en el fango. No les imitemos, hermanos míos. Vivamos exteriormente como interiormente vivimos. Devotos de María, seamos devotos de Dios y tengamos amor al prójimo. Así será como merezcamos las recompensas que reparte la Madre querida que nos coronará un día en el cielo. —Así SEA.

EL SAGRADO CORAZON DE MARIA

—
DIA PRIMERO DE JUNIO
—

ARTÍCULO I.

LA SAGRADA ESCRITURA

Feriam eis pactum sempiternum, et non desinam eis benefacere.

Jerem., XXXII, 40.

Lætabor super eis cum bene eis fecero in todo corde meo, et in tota anima mea.

Ibid.

Erit mihi in nomen, et in gaudium, et in laudem et in exultationem cunctis gentibus terræ quæ audierunt omnia bona quæ facturus sum eis.

Jerem., XXXIII, 9.

In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.

Os, II, 4.

Ece ego declinabo super Jerusalem quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundatam. Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos; videbitis, et gaudebit cor vestrum.

Isa., LXVI, 12.